

¿Eres tú...?

Es la pregunta que le hicieron a Jesús los discípulos de Juan, deseosos de una salvación prometida por Dios y que estaba a punto de cumplirse. Es la pregunta que se hace todo hombre acerca del sentido de su vida ¿Quién podrá hacerme feliz, y hacerme feliz para siempre? ¿Eres tú...?

Jesucristo responde a esta pregunta presentando los hechos que avalan su identidad mesiánica: los ciegos ven, los inválidos andan, los sordos oyen ..., a los pobres se les anuncia el Evangelio. De esta manera, sus oyentes entendieron que él era el que había de venir.

Hoy la pregunta sigue vigente. También hoy el hombre se pregunta por el sentido de la vida. ¿Encontrará el hombre de hoy su felicidad en el crecimiento de la riqueza, en el tener, sobre todo cuando es cada vez menos capaz de compartir con quienes no tienen nada? ¿La encontrará en el placer, que se le ofrece fácil, aunque le deje el corazón vacío? ¿Se encuentra la solución en el poder, donde tantas veces se entrecruzan intereses contrarios que enfrentan a los hombres?

Jesucristo es la única respuesta al deseo de felicidad del hombre. Sólo en él hay salvación para todos, porque sólo él es el Hijo eterno, Dios como su Padre, hecho hombre como nosotros. En él se ha establecido la alianza nueva y eterna en su sangre derramada en la cruz. Y su Iglesia es la continuadora en el tiempo de esa presencia eficaz y transformante de un mundo viejo, que Dios va haciendo nuevo, como si de un nacimiento nuevo se tratara.

¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro? El signo más elocuente de su presencia consiste en la recuperación de la dignidad del hombre, víctima del pecado y del egoísmo. La dignidad del concebido, expuesto a mil peligros de ser eliminado en el seno materno, la dignidad del enfermo terminal, que no reporta ningún beneficio social y es atendido sólo por amor, la dignidad del que es víctima del terrorismo, pues su vida está por encima de toda ideología. La dignidad del inmigrante, que no es una carga, sino una ayuda, no es un rival, sino un hermano. Jesucristo por su encarnación se ha unido de alguna manera con cada hombre, para hacer de cada hombre un hijo de Dios. Este es el que tenía que venir, el que viene a nosotros en este adviento.

*Demetrio Fernández, obispo de Tarazona
16.12.2007*